



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lámina de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

COSTUMBRES DE LA CHINA.

Nada hay tan curioso como la China, ese país de más de trescientos millones de hombres, cuyas costumbres y usos causan tan grande interés. Mr. Huc (misionero), ha publicado hace poco dos gruesos volúmenes sobre las costumbres y hechos que había observado. La China es un país donde la exageración, mil veces superior á la andaluza, florece. Diremos algunas palabras sobre la urbanidad, y del modo que se ejercita en la China.

Un día de fiesta había habido reunión cristiana en casa de un chino de esta religión; terminada la función religiosa les dijo:

—Hoy, queridos hermanos, permaneced todos; os invito á comer arroz.

Y los hermanos en Dios le dieron gracias, le saludaron y se retiraron; iba de uno en otro elogiando su arroz, sin que ninguno de ellos se quedase; esto era desconsolador para un chino de tan grande corazón. Vió entonces á uno de sus primos, y muy gozoso le dijo:

—¿Querrás beber conmigo mi excelente vino?

El querido primo rehusó al pronto, pero instado por su pariente, aceptó. Los dos primos se sientan, fuman y hablan; pasa una hora y el vino no parecía. El invitante grita:

—Vamos, que hagan calentar el vino y que lo traigan.

Fuman y hablan todavía.

—¿Y ese vino? ¿Cuándo vendrá? Se aventuró á preguntar el convidado; tarda mucho...

—¿Qué vino? primo.

—El que debemos beber.

—¿Cómo? ¿Contabas beber de ese vino? Primo, amigo mío, no sabes vivir.

Y con un acento soberbio, añadió:

—Estoy confuso de vuestra falta de educación, te dije: cuando yo hago por cortesía una invita-

ción reiterada, me se debe una reiterada negativa.

El primo, vergonzoso de una lección tan bien merecida, se retiró, y el honrado chino, todo indignado, se acusaba de que se encontrase en su familia un hombre que tan poco conocía las buenas maneras.

Sobre el arco de las puertas de algunas ciudades se ven botas colgadas; algunas están allí hace siglos; feliz la ciudad china que puede enseñar muchas. Cuando un mandarín se ha portado como buen administrador, si cambia de empleo, la multitud le rodea y acompaña al marcharse gritando: ¡Vival! Muchos nobles rodean su caballo, y uno le lleva de la brida; otros dos, á derecha é izquierda, inclinándose profundamente cada cual, coge el estribo y saca con respeto las botas del magistrado, y despues le ponen un par de honor, y enteramente nuevas; las viejas las cuelgan á la puerta de la ciudad para que sirvan de ejemplo á su sucesor. Hay muy pocas

almas, cuenta á millares las gentes que se levantan por la mañana sin saber qué comerán antes de la noche. En aquella populosa ciudad hay un establecimiento que no tiene igual en Europa, y que se llama la casa de las plumas de gallina, en donde se acuestan de noche. Hay una sala inmensa llena de plumas hasta una altura razonable. Hombres, mugeres, jóvenes, viejos y niños, vienen por la noche todos á hacer su nido en aquel extraño dormitorio, desnudos los unos, medio vestidos los otros. Cuando aquel inmenso cuarto está casi lleno, se oye un violento golpe de tan-tan, que anuncia la bajada de la cubierta. Un inmenso trozo de fieltro, sostenido en el techo por un sistema de poleas no muy complicado, cae lentamente; está lleno de filas de agujeros, y cada uno trata de pasar la cabeza por uno de ellos, hecho lo cual, cada uno duerme caliente hasta la mañana. Otro golpe de tan-tan advierte que se va á levantar la cubierta: cada cual retira prudentemente su



Paisaje chino.

de estas botas viejas. La administración mandarína es detestable.

La población del celeste imperio, con una superficie igual al triple de la España, contiene dos tercios mas de habitantes; el uso del opio, la pasión al juego, las empresas aventuradas, son causa de que en los malos años haya un pauperismo horrendo. Hormiguean las grandes ciudades de gentes menesterosas y mendigas. Pekin, la capital, de mas de dos millones de

cabeza, sacude sus plumas y vasa, y contento ó no, le cuesta un medio centimo al salir. Los niños pagan plaza entera.

Aquellos chinos forman una nación industriosa y activa. La agricultura está allí muy honrada. La piscicultura, hace largo tiempo conocida, da numerosos productos; lagos, ríos, arroyos, están llenos de pesca. Los pescadores pescan al pájaro, como en otro tiempo nuestros señores y barones feudales cazaban con el halcón. Adie-

iran colmoranos, especie de pelicanos, como se adiestra en otro tiempo halcones y gerifaltes. Estos pájaros que se sumergen casi hasta el fondo del río y de los lagos, traen á su amo el pescado que han cogido: muchos se tragarian su presa, pero tienen al cuello un anillo que se lo impide: pueden respirar, pero se ahogarian si quisieran comerlo. Así como se castiga con nuestros látigos á un perro torpe ó golofo, se corrige con una caña de bambú al colmorano que no trabaja á conciencia. Esta pesca segura y productiva podría ser un placer; en China no es mas que un oficio.

Otros muchos hechos y costumbres muy curiosas hay en el libro de Mr. Hue; algunos otros dias referiremos otras costumbres.

UNA JOVEN A PEDIR DE BOCA.

EPISODIO SOCIAL.

(Conclusion).

II.

EN MALAGA.

—¿Qué vida, Dios mio, qué vida!
—Estás muy triste. ¡Pobre Paulina! ¿Qué haría yo para consolarte?

—Es imposible: esta pena es superior á mis fuerzas. ¿Cómo quieres tú que yo viva en este destierro?

—¡Pobre país! Sé razonable, Paulina. ¿Hay acaso medios de hacer cambiar nuestra situación, de modificar las ideas de papá? A su edad se tienen ciertas costumbres...

—Ya lo conozco.

—Tú tendrás las tuyas...

—Y no son ciertamente las mismas.

—¡Oh! No tal. Te estoy viendo cuando tengas cincuenta años, adornada con un gran traje, sentada en un gran sillón, rodeada de un gran círculo, todo á lo grande. Estarás siempre á la moda; necesitarás el trato, mucho trato, ruido, novedades... Todo esto estará muy en armonía con tus ideas.

—Cabal; pero conven conmigo en que eso al menos no tendrá nada de fastidioso.

—Eso depende de gustos: yo, al ser anciana, me fastidiaría mucho en tu lugar.

—¿Tú no abandonarás nunca ese espíritu pobre, siempre metida en tu pobre gabinete, siempre con pobres gentes al retortero... En fin, todo á lo pobre.

—Tienes razon, pero me prometo encontrar muchos encantos en esas pobreza.

—Te desco para entonces una dicha completa.

—Gracias. Pero mientras llega ese tiempo, es preciso hacer la vida todo lo mas agradable que se pueda.

—¡Imposible! Siempre he oido decir que la juventud es el tiempo mas hermoso de la vida. Se ha cultivado mi talento, se ha despertado en mí la afición al lujo, y todo esto para qué? Para enterrarme en un... ¿V no quieres que llame á esto un destierro?

—¿Por qué? Málaga es una hermosa ciudad: pregunta á cuantos viajeros la visitan: todos admiran su clima, su situación.

—¿Su situación! ¿Y qué me importa eso? Ayer di tres vueltas á la ronda, y en verdad que no me causó.

—Si hubieras dado seis ú ocho... Siempre hay medios de cansarse.

—Todo lo encuentras bien. Es un don particular.

—Es un secreto.

—¿Quieres revelármelo?

—¿Lo desearé? Pues bien, voy á hablarte con el corazón en la mano; pero te suplico que no te enfades conmigo.

—¿Enfadarme contigo! ¿Puedes creerlo?

Paulina y Eugenia se abrazaron cordialmente, y por la primera vez conocieron que se amaban mucho mas de lo que creían: hasta entonces sus diferentes gustos habian chocado entre sí; sus costumbres diametralmente opuestas pa-

recian desunirlas; pero en las dos latía el corazón de Luisa, y como decía el viejo marino: *¡Era Luisa tan buena!*

—Vamos, háblame, dijo Paulina apoyando su linda cabeza en el pecho de Eugenia, dime qué haces para prescindir de todo. Me parece que nada te falla.

—Mi querida Paulina, ¿tú no sabes que siempre he carecido de muchas cosas?

—¿De veras? Pues nuestra tia decía á papá que eras muy dichosa á su lado.

—Y decía la verdad. ¿Mas no sabes por qué? Porque yo no ignoraba que la vida tiene poco de bueno y mucho de malo; acepté con reconocimiento los pequeños gozes que proporciona, y en cuanto á lo demas, me dije: esto debe ser así: estos disgustos, estas decepciones, este malestar, todo esto reunido se llama *la vida*.

—¡Sublime filosofía!

—¿Quieres raciocinar un poco conmigo?

—¿Tú sabes raciocinar? ¡Oh! Eres muy dichosa. Yo sé leer, estudiar, retengo fielmente lo que estudio, porque no carezco de memoria; pero raciocinar! Eso es superior á mis fuerzas.

—¿No te lo han enseñado?

—¿Pues qué, eso se aprende?

—Todo se aprende. ¿Quieres que te repita cuanto sobre este particular me ha dicho mi tia?...

—Me parece que debe ser eso tan cansado...

—Te engañas.

—Pues escúchelo.

—Siempre mi tia me ha representado la vida como una obligación, como un deber, y la juventud como el aprendizaje de ese deber.

—¿El aprendizaje? Pues es divertido.

—Muy divertido, porque en la juventud se tiene ordinariamente tan buen humor, que todo se toma á risa, y siempre las cosas se presentan de manera que nos hacen pasar muy buenos ratos.

—¿Los pasas tú?

—Sí. Mi tia dice que las alegrías que nos están destinadas se parecen á los dias despejados de invierno; ya comprenderás esto: el invierno es una estación lluviosa... ¿No es verdad?

—Sin duda.

—Pues bien, el invierno es una estación lluviosa, y la vida es una estación...

—Fastidiosa, para que venga en consiguiente.

—Justamente. ¿Por qué te regocijas al ver el sol en un dia despejado de diciembre? Porque en todos los demas esperas ver la lluvia.

—Bien. De modo que si yo espero todas las desgracias posibles, los disgustos diarios me parecerán venturas. ¿No es esta la moral? Creo que la he comprendido.

—¿La encuentras justa?

—Justa, sí, pero tan triste como... como la lluvia.

—¿Y qué quieres hacerle? ¿Resistir? ¿Qué adelantariamos con eso? Sameteros es mas sabio. Establece una comparación entre dos personas, de las cuales una goza á la vista de un hermoso dia de invierno porque no ha llovido, y la otra se queja porque no hace calor. ¿Cuál de las dos es mas dichosa?

—De modo que, segun tú, es preciso aburrirse mucho para gozar mas, aunque la alegría sea pequeña y lejana.

—¡Ay! Es preciso aburrirse tanto cuanto exijan las circunstancias. Libre es cada uno de no apesadumbrarse por bagatelas, y de sacar partido de los momentos agradables que siempre se encuentran sabiéndolos buscar.

—Bastante los he buscado en los seis meses que falto de Madrid, y hasta ahora no me ha sido posible encontrarlos.

—Busquémoslos juntas, entre dos será mas fácil. Tú no llamas placeres mas que á los que te han hecho conocer, y que se refieren á tal lugar, á tal género de vida: hay otros que yo conozco y que se encuentran en la misma soledad. ¿Quieres que te comuniqué un pensamiento que me ocurrió ayer?

—Sí.

—Pues es que nos faltan á las dos muchas cosas.

—A ti no te falta nada, haces á papá dichoso, tienes trazas de serlo tambien...

—Sí, sí, nos faltan muchas cosas, y yo he

encontrado un medio de remediarlo todo.

—¿Cuál?

—El de fundirnos la una en la otra para que de las dos se haga una *jóven á pedir de boca*.

—¿Qué piensas de eso?
—Que tienes razon; observándote bien, veo que te falta cierto brillo... cierto baño... un *no sé qué*... y siguiendo así corres peligro de ser toda la vida, como suele decirse, una *pobre muger*.

—Convengo: tengo necesidad de un baño de córte, de un *no sé qué*, como tú dices. Esto puede adquirirse. ¿No es verdad?

—¿Quién lo duda?

—Hagamos un pacto, querida Paulina: estudiémosnos sin prevención, nos señalaremos nuestros defectos, esto es muy fácil. Vamos á pasar una temporada con nuestras tias, supuesto que papá nos lo ha ofrecido. El vendrá con nosotras, le exigiremos que nos deje pasar un invierno en Madrid, y allí, ayudada con los consejos de mi tia Teresa, llegaré á ser menos tímida, menos... finalmente, me pareceré algo mas á tí.

—Hermana mia, ¿cómo me amas! En seguida iremos á Granada ¿no es esto? Mi tia Isabel reformará lo que hay de malo en mí; pero será preciso mucho tiempo para tan grande obra.

—Conseguiremos nuestro objeto, porque Dios nos ayudará.

—El te dispensará su ayuda, y quizás á mí por tu mediación. ¡Ay, Eugenia, yo no esperamento como tú el consuelo de la piedad!

—¡Pobre Paulina! Esa es tu falta: te se han prodigado conocimientos superficiales y no te se ha hecho conocer el espíritu de la religion. Todo esto tiene remedio, y cuando se lo apliquemos, créeme, podrás estar triste; pero nunca serás desgraciada.

Las dos hermanas se abrazaron de nuevo. En este momento eran mas que hermanas, eran amigas.

III.

EN GRANADA.

—Noticia, Isabel; mi almanaque tiene razon por la primera vez en su vida.

—¿Y qué predice tu almanaque?

—El fin del mundo.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—Me horrorizas; yo estaba creida en no verlo...

—Es preciso resignarse.

—¿Pero qué pasa?

—¿No lo ves? Todo cambia, todo se modifica; existen signos, signos característicos...

—¿En el sol ó en la luna?

—Ni en el uno ni en la otra. En dos palabras: llego á Madrid con mis dos hijas á principios de invierno, la una siempre riendo, la otra siempre llorando. Nos alojamos en el palacio de las gracias, es decir, en casa de mi cuñada Teresa.

—Ya la conozco, muger de buen tono, de alta sociedad.

—Todo lo que quieras: muy buena en el fondo, mas con un carácter... con un carácter... en fin, con un carácter que yo no puedo definir. Al punto vi á Paulina recobrar su alegría, su desenvoltura; era muy natural, porque estaba en su centro; pero he aquí que tambien la señorita Eugenia se lanza; mi niña de provincia, tan sencilla, tan tímida, un poco salvaje si se quiere, se lanza al mundo con su tia y su hermana.

Aprende á bailar, á montar á caballo, á hablar de cosas simples, á hacer con admirable destreza toda suerte de cumplimientos, y tiene aquí con dos cortesanas en vez de una. Es verdad que por dicha Eugenia conserva el fondo escelente y sólido que de su educacion ha recibido, y esto me consuela en parte.

—Preciso es convenir en que de mis manos no salió esa educacion perfecta; pero al menos la parte esencial no ha sido descuidada.

—Yo no sé lo que le faltaba á esa niña: perfecta me parecia, y ahora la encuentro mejorada en tercio y quinto. Ahora tiene mas gracias á los ojos de los estranos, y esto enorgullece á su padre. Es muy justo que cada cual tenga su poquito de amor propio.

—Eugenia ha ganado mucho: yo de ella hice una joven virtuosa y amable: tú coñada le ha inculcado, por decirlo así, un poco de su gracia y de su elegancia. Hay es una joven...

—Una joven á pedir de boca.

—Eso.

—¿Quién osaría contradecirme? Al salir de tus manos no le faltaba casi nada. Este casi nada lo ha adquirido en pocos meses, y yo soy el más dichoso de los padres; mas la pobre Paulina... ¿quién le dará lo mucho de que carece? El contento de su corazón ha sido descaído; la rodearon de una aureola brillante, y ya se creyó hecho todo, sin pensar que esa aureola se desvanecía con la juventud. Los años pasan muy rápidos; tiempo vendrá en que Paulina desaparezca de la escena del mundo, no siendo ya ni joven ni linda. Otras mujeres ocuparán su puesto; á su turno serán admiradas, aplaudidas, y entonces ¿qué le quedará á ella? El manejo de la casa, serias ocupaciones y largas horas de soledad... ¿Qué será, repito, de mi pobre Paulina? Un libro serio la hace temblar, una conversacion grave dormir, el campo la pone enferma, la vida de provincia la disgusta. Nunca será bastante rica para sostener un tren lujoso en Madrid, y todos sus gustos, todas sus costumbres tienden á arrojar por la ventana veinte mil duros de renta al año... ¡He aquí el fruto de lo que se llama una educacion brillante!

—Tienes razon. ¿Pero y si una joven bella é instruida se adaptase á las ocupaciones mas bajas en apariencia y en realidad mas útiles, si esta joven, dirigida por su corazón noble y virtuoso, se sometiera á los buenos consejos que una anciana amiga le diera? ¿Si mas sumisa á las tristezas de la vida, ella aceptase como pruebas para su alma las contrariedades del momento... si, en fin, llegase á ser una perfecta mujer de su casa?...

—Sí, Isabel; todas esas cosas están muy buenas; pero no suceden á menudo. Paulina ha sido mal educada.

—¿Aun puede haber remedio.

—No lo hay.

—Yo conozco á Paulina.

—Y yo tambien.

—Solo hace un mes que está en Granada, y he admirado en tan corto tiempo cuánta bondad hay en su alma, cuánto candor en medio de sus ideas falsas, de sus costumbres superficiales. Paulina, como todas las jóvenes de su edad, está dispuesta á obedecer á quien considere que tiene sobre ella una superioridad verdadera.

—Dispuesta á obedecer! Mucho lo dudo.

—Porque tú no llamas obediencia mas que á la sumision pasiva de un ser obligado á prestarla; pero hay almas escogidas, que libres y poderosas, se inclinan voluntariamente cuando, al puede decirse así, se les toca con el dedo de la verdad. ¿Me comprendes?...

—No á tí mí. ¿Qué quieres? Yo no he hecho en mi vida otra cosa que decir á mis marineros: «Haced esto.» Ellos lo hacian, y llevéme el diablo si sabian por qué: las gentes de mar somos así.

—Esa obediencia ciega no se puede exigir de Paulina; ¿mas por esto se ha de creer que todo está perdido? ¿No hay motivos para fundar sólidas esperanzas sobre una joven, cuyo entendimiento poco ó mucho se ha cultivado, que con la mejor buena fe exija que se ilumine su inteligencia, y sometiéndose con sencillez encamine sus pasos por la nueva senda que le indiquen?

—Isabel, tú sabes mas que yo. Yo veo lo que se vé buenamente, y jamás me meto en adivinar. Paulina no me ha hecho nunca la honra de abrirme su corazón. Ella se aburre en mi compañía, y sé que nunca abandonará su aire reservado; preciso es que me acostumbre á verla siempre de mal humor.

—Eso te será insoportable.

—¿Y qué hemos de hacerle? Eugenia me ha echado á perder.

—¡Pobre padre! ¿Quieres que tambien te eche á perder Paulina?

—Vamos, déjate de bromas y á ver si hay algún medio...

—Haz un sacrificio: vuélvete á Málaga con Eugenia; entra de nuevo en tu vida tranquila y dulce, yo me quedo con Paulina.

—¡Disparate! Ella no querrá.

—Ella misma me lo ha pedido.

—¿De veras?

—¿Cómo me hubiera yo atrevido á hacer esa proposicion sin su consentimiento? Eugenia, por su piedad sincera y su bondad sin límites, se ha granjeado la estimacion, y aun me atreveré á decir, el respeto de Paulina: ella la admira y tiene deseos de imitarla. Conoce que para conseguirlo necesita ser conducida paso á paso, y con una abnegacion voluntaria que no todas tienen á su edad; me ha rogado que reforme su educacion, como ella dice, con un candor que enagena.

—¡Pobre niña! Eso te atormentaría... Bien se está San Pedro en Roma, sus defectos son insignificantes.

—He aquí cómo son todos los padres: si se toma soldado á lo que dicen, es preciso marchar como soldados ó marineros; pero llega un momento en que se necesita carácter, y entonces son todo debilidad.

—Dices bien. ¿Cómo diantre has podido adivinar lo que pasa en mi corazón?

—Estudiando otros corazones. Cuando se comprende una á sí misma y observa lo que ordinariamente pasa á su alrededor, fácilmente se adquiere una poca de experiencia.

—Consiste en que tú eres muy diestra.

—Finalmente. ¿Me dejas á Paulina?

—¿Lo exige absolutamente?

—¿Tienes miedo? ¿Crees que voy á hacerla desgraciada?

—¿No tendrá al menos que llorar?

—Vive tranquilo: los consejos de una anciana no le harán verter tantas lágrimas como la ilusion de sus pretendidos dolores.

—¿Y tú tendrás mucho tiempo conmigo?

—Un año.

—¿Un año! Eso es mucho.

—Hace poco te oí decir todo lo contrario.

—Sí... en ciertos casos....

—¿Y por qué no en el presente? Vamos, ten ánimo: la recibo Paulina y te la devolveré Eugenia. ¿No es esto muy seductor?

—¿Oh, querida Eugenia! ¡Oh, pobre Paulina! En fin, no te digo que si ni que no; haz lo que quieras, ó mejor dicho, lo que quiera ella. ¡Ay Dios mío! ¿Cuánto padezco yo con estas cosas!

IV.

UN AÑO DESPUES.

—Eugenia, qué buena eres!

—¿Pues qué he hecho?

—Tú me has convertido en amable lo que me era odioso, dándome lo que parecia huir de mí. ¿Crees que á no ser por ti hubiera yo tenido nunca fuerzas para someterme á la autoridad de nuestra tia? Yo la hubiera juzgado exigente, incapaz de combatir mi debilidad.

—¡Pobre Paulina! Yaya, cuéntame cómo has pasado este año de ausencia que tan largo se nos ha hecho á papá y á mí.

—Al principio estaba triste; muy triste. Me figuraba que se me habia abandonado sola en el camino del dolor. Necesitaba reformas tan radicales! Me repetía á cada instante: hacer de Eugenia una joven perfecta era empresa fácil, pero de mí...

—Kxageras, hermana mía. Eso era tratarme con demasiada indulgencia, y á ti con extrema dureza.

—¿A qué hablar de esto si no nos hemos de entender? Despues de tu partida de Granada quedé muy triste; sin embargo, de día en día se iba aumentando la confianza que tú me inspiraste hacia nuestra buena tia; tenía horas de desanimacion, de verdadero desaliento; únicamente tu recuerdo me impedía abandonarla. Me decía con frecuencia: Eugenia ha soportado esto. Cuando las ocupaciones vulgares á que se me entregaba, se resistian á mis gustos, exclamaba: Eugenia ha podido hacerlo; y sin estar á mi lado, continuabas siendo mi guia. Cada vez que mi natural activo y fiero me decía: Esto es imposible, tú, mi ángel bueno, replicabas: No lo creas. Cuando hastiada de una vida tan oscura, revolvia en mi imaginacion los aplausos conquistados en Madrid, me decidia á despojarme del yugo pesado que por tu causa llevaba; pero tu imagen se ofrecia á mis ojos; recordaba el últi-

mo invierno que pasaste conmigo en la corte, elegante como yo, como yo risueña, bella, encantadora aun mas que yo, y me decía: Eugenia agrada al mundo, el mundo puede agradarle, pero nunca dominar su corazón. El placer no es para ella mas que un accesorio; que desecha ó toma con igual indiferencia. El objeto de su vida es el deber, y Dios, que ha aceptado sus primeros pensamientos, le hace el deber agradable. He aquí lo que yo me decía de continuo: ya lo ves, vivimos juntas y tú eres siempre la mejor.

—El amor que me tienes te hace pensar así.

—No. Estoy menos distante de la dicha de lo que crees. En otro tiempo yo no comprendía el placer que no iba acompañado de muchos preparativos. Ya, gracias á ti, conozco que se puede gozar de una dulce tranquilidad del alma, cuyo resultado es una dicha muy superior á los demás placeres. Mi tia ha usado conmigo de una estremada indulgencia. Cuando yo faltaba á los deberes que, tan dulcemente me imponía, ella procuraba desvanecer el desaliento que nacia en mí, sin yo sospecharlo. Ella me consolaba, me hacia posible todo esfuerzo, soportable toda pena, mas el secreto de tanto bien, tú lo conoces hace mucho tiempo, Eugenia.

—Y tú tambien lo conoces hoy.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Escucha, Paulina, hace algunos dias entré en tu habitacion sin hacer ruido; eran las nueve de la noche y yo no llevaba luz. Una verdadera pena te habia asaltado; tú la soportabas sin murmurar, y yo queria felicitarte por tanta resignacion, pero tú no buscabas consuelos humanos, aunque otras veces no sabias sufrir sin mí.

—Es verdad.

—Entré en tu aposento; estabas de rodillas delante de un crucifijo.

—No me dijiste nada...

—¿Quién lo hubiera osado? Pensabas menos en mí que en Dios. Tu corazón creaba y sin duda decía: Yo he sufrido y sufro aun; dame ánimo, Dios mío, yo lo necesito mas que ninguna de vuestras criaturas.

—Eugenia, esa fué la plégaria que yo elevé al Todopoderoso; sí, tienes razon, yo vivia en Dios, no en la tierra, y he ahí el secreto del cambio que se ha operado en mí. Nadie hubiera obtenido tales esfuerzos y tan grandes sacrificios. Reformar mi ser, vivir oscurificada cuando creia haber nacido para el movimiento y las emociones fuertes, morir para sí misma cada dia, todo esto era una empresa de gigante; yo la emprendí por ti; mas no la he continuado sino por Dios: él solo es poderoso para elevar mi alma. ¡Ay Eugenia! he sufrido mucho y sufro todavia.

—¿No te parece que Dios ejerce sobre ti mucho poderio?

—¡Oh! Sí, su voluntad se cumple en mí y en todo cuanto me rodea.

—Tú has sabido seguir los consejos que te han dado. Para conseguirlo has tenido bastante con un año, yo he necesitado toda mi vida.

—¡Oh! Te engañas.... Pero papá viene, silencio.

En este momento entraba el capitán Contreras; se sentó alegremente entre sus hijas, y habló, como siempre de la felicidad reservada á su vejez.

—Esto es mas de lo que yo merezco; sí, soy muy dichoso. Voy á la corte, y encuentro á mi Eugenia cortésana, sin haber olvidado por eso sus buenas costumbres adquiridas en la provincia; voy á Granada y encuentro á Paulina hecha una mujer de provecho adornada con los atavíos de la corte... Lo repito, soy muy dichoso.

—Todo eso es muy grato para nosotras, dijo Paulina.

—Sin contar, hija mía, los progresos musicales que has hecho en Granada.

—Usted me confunde, papá.

—Cuando tú partiste no sabias tocar mis canciones favoritas; no cantabas las lindas romanzas de tu pobre madre: ahora todo lo sabes perfectamente: á esto llamo ya ser una verdadera flarmonica. Tú tienes talento, mucho talento.

Paulina miró á su hermana. Esta mirada queria decir: Aplausos de la multitud, alabanzas de los salones, ¿qué os habeis hecho? ¿No halagais ya mi corazón?

—Sobre todo, padre mío, nunca nos separaremos.

—¡Bravo! No lo hubiera dicho mejor tu madre. Ven á abrazarme, Paulina, y tú también, Eugenia. ¿Qué es la dicha suprema para un padre? ¿La de tener una hija á pedir de boca? Pues bien, yo soy doblemente dichoso porque no tengo solo una, sino dos.

EL AREC DE LA INDIA.

Este árbol, uno de los más graciosos y elegantes de la familia de las palmeras, puede compararse por su aspecto á una columna cilíndrica muy esbelta, y cuya cima remata en un haz de grandes hojas aladas, teniendo sobre ellas racimos cargados, unos de innumerales florecillas y otros de frutos. El tronco está lleno de molle ó corazón; las hojas se renuevan sin cesar en el centro del haz á medida que se secan las interiores; dejan sobre el árbol, después de su caída, desigualdades circulares que no se borran jamás. Los racimos de dátiles encerrados en una parte membranosa de una sola pieza, nacen entre las bases alargadas de las hojas, y se encuentran en descubierta sobre el tronco cuando han caído estas últimas. Las flores son hembras en la base del racimo, machos en la cumbre; la una y las otras tienen un cáliz en seis divisiones, y puesto en dos filas. El ovario de las hembras es un fruto oval, compuesto en el exterior de una espesa cubierta carnea que se seca en seguida, é interiormente de una almendra presentando en la base una pequeña cavidad, en la que se halla alojado el embrión.

Linco había llamado al arec de la India *arec cathau*, *arec cachou* porque creía, bajo la palabra de ciertos viajeros, que el cachou provenía de esta palmera; pero si no produce esta sustancia, el arec no es menos por su fruto muy estimado en los pueblos del Indostan. Abunda en las islas Molucas, en Ceylan y en otras muchas comarcas meridionales del Asia. Su tronco, perfectamente recto tiene cuarenta pies de elevación sobre uno solo de diámetro; diez ó doce hojas lo coronan con un sombrero verde, que tienen de largo quince pies, y forman cada una un gracioso pezon dilatado en la base, alrededor del tronco, en una larga vaina, y guarnecida de das filas opuestas de anchas hojuelas, plegadas en abanico y muy unidas. Colocados en la cima del haz é inclinados hácia la derecha, los racimos son ordinariamente en número de tres, el superior cubierto de flores, el intermediario de frutas todavía verdes, y el inferior de frutas de un amarillo dorado, gruesas como un huevo de gallina. La almendra es blanca con venas de púrpura, y mas dura que la nuez moscada, á la que se parece bastante.

El arec de la India exige poco cuidado en su cultivo; produce frutos hasta los veinte años, y muere á los veinte y cinco, en las islas del archipiélago indiano y sobre las tierras inmediatas al mar, pero en muchos puntos del continente que no llega tan pronto á la madurez, da fruto por mas tiempo y gusta también mas en declinar; entonces su cultivo es difícil y costoso.

Un viajero que había recorrido el Misore, Canará y el Malabar, cuenta que en un lugar el árbol comienza á producir fruto á los cinco años,

y vive después treinta y hasta cincuenta; y en otro sitio no producen antes de los ocho, nueve, doce ó quince años, y que no permanecen sino veinte y cinco á treinta años en su estado de fecundidad, después de los cuales entran en decadencia. Florece durante la mas grande parte del año, y anualmente da dos frutos. La cantidad de almendras que da un solo árbol varia considerablemente segun los diferentes sitios. En las costas de Coromandel el número medio de estas almendras es ordinariamente de trecientas para cada árbol. El arec se reproduce por su simiente, y tiene necesidad de ser trasplantado. Un suceso de calidad comun en todas las situaciones

hace ardiente y dañosa para los dientes; se maseca y remaseca en seguida la mezcla cuyo sabor cada vez es mas agradable á medida que la combinación de los elementos de que se compone es mas perfecta; se traga de tiempo en tiempo la saliva, hasta que cesa, en fin, de tener color y no queda en la boca sino un residuo insípido.

Todo el mundo en la India, cualquiera que sea su categoría y clase, su sexo y su edad, maseca el betel á todas horas. Rainal refiere que nadie se atrevería á hablar á una persona á quien debiese respeto y consideración sin llevar betel en la boca. Las mugeres lo gastan continuamente con intención de aumentar sus atractivos. Se toma también después de comer para disimular el olor de los alimentos. En una palabra, se maseca betel durante las visitas, se ofrece betel al saludar, como en Europa se ofrece un cigarro ó un polvo de tabaco; y cuando se separa uno por algun tiempo, el regalo ordinario es una caja llena de arec y hojas de betel y aromas, á fin de que pueda uno mismo prepararse la mezcla á su gusto.

Los árabes modernos que mezclan también algunas veces el betel á la manera de los indios, prefieren, sin embargo, los botones de una planta que llaman *cad*, que miran como propia para dulcificar el aliento y conservar en buen estado las encías. Un uso muy limitado, aunque mas racional que el masecar el betel, consiste en emplear la almendra del arec en tintura ó infusión.

Una variedad encarnada sirve en el Malabar para teñir de este color. El hábito de masecar el betel puede defenderse por tan buenas ó malas razones como se quiera, como el hábito ó costumbre de tomar tabaco.

—Me he puesto hoy á masecar betel, dice el obispo inglés Heber, y no he encontrado esto desagradable; al menos creo fácilmente que donde está en moda puede adoptarse prontamente.

Segun un doctor, se prescribe y receta la almendra de arec en cocimientos con otras sustancias á las personas atacadas de la dispepsia.

En cuanto al betel propiamente dicho que suministra las hojas que sirven para envolver las rajadas de las almendras de arec, se le cultiva en gran cantidad en el Indostan, principalmente para ser masecado con estas almendras. Los sitios mas favorables para esta planta son las orillas del mar, en donde trepa á manera de parrá sobre los árboles ó sobre los postes que se ponen para apoyarlos.

En las costas de Malabar y en las demas partes del Indostan, se une el betel al arec, porque los hace mas particularmente útiles á los habitantes de aquellas comarcas; pero el betel es un objeto de cultivo especial y separado.

En las costas de Malabar y en las demas partes del Indostan, se une el betel al arec, porque los hace mas particularmente útiles á los habitantes de aquellas comarcas; pero el betel es un objeto de cultivo especial y separado.

EL TALENTO DE LAS MUGERES.—Preguntaban un dia á uno por qué las mugeres bonitas tenían ordinariamente menos talento que las mugeres feas.

—Es, respondió, porque las últimas buscan sin cesar alguno que se lo dé, mientras que las otras lo dan á los que quieren.



El arec.

le es apropiado; pero donde son mejor sus frutos es en las inmediaciones del mar, y cuanto mas caliente y baja es la tierra mas pronto llega á su madurez.

El uso que se hace del fruto de este árbol en muchos países del Asia, se funda en la opinión en que están sus habitantes de que fortifica sus estómagos, da buen olor al aliento, afirma los dientes, limpia las encías y refresca la boca. Se come la cáscara del fruto cuando todavía está tierna; cuando se seca solo se emplea la almendra. Esta almendra tiene, lo mismo que todas las partes del árbol, un sabor no menos aspero que el de la bellota de encina; así se la maseca con sustancias acres y aromáticas para corregir este sabor y hacerle grato al paladar. Las sustancias generalmente adoptadas para este uso son la cal y las hojas de una especie de pimienta llamada *betel*. La almendra se corta en rajitas y se la salpica con cal, y se envuelve cada una con algunos aromas en una hoja de betel, que da su nombre á la mezcla. Cuando se ha masecado algunos instantes esta sustancia, toma la saliva un color hermoso de púrpura, y la boca parece tener sangre. Se escupe esta primera tintura, en que superabunda la cal, lo que la